

CIENCIA POLITICA PARA NEOCONSERVADORES

I

Vale la pena analizar el reciente esfuerzo del pensamiento neoconservador por demostrar la cientificidad de sus afirmaciones políticas frente a las posiciones ideológicas de los movimientos políticos de izquierda.

No parece esto una novedad absoluta, ya que es una pretensión, repetida por diferentes corrientes ideológicas, apoyarse en bases científicas para sostener la verdad absoluta de sus teorías fundamentales. En efecto, el marxismo, desde su fundación, exhibió los motivos científicos que le diferencian de las corrientes socialistas precedentes, consideradas utópicas. El nacionalsocialismo apoyó el racismo sobre pretendidas interpretaciones biológicas y antropológicas, y explicó su política exterior apoyándose en una geopolítica al servicio de reivindicaciones territoriales. En cuanto al fascismo, son conocidas sus posiciones «elitistas», que intentaron entroncarse en las teorías de Pareto y Mosca.

Faltaba al pensamiento neoconservador afirmarse en cimientos científicos para argumentar la validez indiscutible de sus concepciones políticas. Para conseguirlo ha recorrido un camino en dos etapas. Primero insistió en el desgaste y descrédito de las ideologías políticas y en su correspondiente sustitución por las técnicas del manejo del Poder y de la administración de las cosas. O sea la sustitución de la ideocracia por la tecnocracia. Luego, en vista de que este intento resultaba prometedor, prosiguió utilizando diversas tendencias observadas y estudiadas por la ciencia política contemporánea. Este curso seguido nos autoriza a hablar de una ciencia política para neoconservadores.

La experiencia indica la atención que los neoconservadores han dedicado recientemente a la economía, a la ciencia política y a la ciencia de la Administración. Está claro que si los grupos neoconservadores pretenden demostrar la cientificidad de sus asertos, tienen que aceptar los dictámenes de las anteriores disciplinas sobre los problemas sociopolíticos que les afectan. Lo que, sin embargo, es discutible es el manejo parcial que hacen de algunas afirmaciones capitales de la ciencia política.

La diferencia que media en este punto entre el neoconservatismo y el socialismo marxista consiste en que este último se identifica con la ciencia, en tanto que aquél se limita a utilizarla, o sea mientras que el marxismo viene a decir: soy la ciencia en la medida que explico científicamente —dejemos ahora la cuestión de si sus esquemas científicos son los del siglo pasado— todos los problemas sociales que afectan a la especie humana, y por consiguiente, se trataría de demostrar la validez científica de las tesis fundamentales, el neoconservatismo se apropia de las tesis científico-políticas para esgrimir las contra sus adversarios y defender sus intereses. Parece natural que los grupos neoconservadores no aspiren a ser la ciencia y que sólo se contenten con servirse de ella, de suerte que siempre podrán postular aquello que la ciencia política dice, y si tales postulados no se cumplen, o no son exactos, la acusación no caerá sobre ellos, ya que afirmarían que recogieron lo que aquélla sostuvo. Por eso se trata de una ciencia política *para* neoconservadores y no *de* los neoconservadores. Ahora bien: ¿en qué medida una *ciencia para* una dirección política concreta puede recabar los títulos legítimos de científicidad? Es evidente que a la ciencia política para neoconservadores le faltan las condiciones de generalidad, objetividad e imparcialidad que requiere toda interpretación científica, puesto que la ciencia política no puede ser para esta o aquella dirección, aunque el análisis de contenido o la interpretación sociológica de sus tesis nos revelen que los autores partieron, se movieron o fueron influidos por determinadas ideologías. Al margen de la concepción del mundo de dichos autores y de las estructuras sociopolíticas en las que se insertan, en cuanto científicos se esfuerzan en mantener la objetividad e imparcialidad. En cambio, quienes aceptan la ciencia política para neoconservadores, admiten también, desde el principio, la ideología neoconservadora. *Utilizan* la ciencia política, pues es obvio que no la *crean* porque es esencial a toda *ciencia para* la previa existencia de la ciencia objetiva, que luego es utilizada por los grupos en favor de ésta o aquella dirección, en este caso, en pro del neoconservatismo.

Advertimos cierto progreso en las técnicas de la *ciencia para* neoconservadores porque ya no argumentan recurriendo sólo al sentimiento, a la tradición inmemorial, a las motivaciones estéticas y solemnes en favor de tal o cual institución. Prefieren, además, sustituir la retórica anticuada por el estilo sobrio y tajante para demostrar las razones científicas que apoyan las posiciones neoconservadoras. Parece que la ciencia política para neoconservadores revela más debilidad que la monolítica identificación marxista con la científicidad. Sin embargo, en esto hay que insistir en su acierto, puesto que los grupos neoconservadores comprenden perfectamente que el talante

de sus miembros y los intereses que tutelan no tienen nada que ver con la ciencia, y por consiguiente, lo más adecuado es servirse de ella. Esta última razón motiva el carácter fundamentalmente positivista y pragmático de la ciencia política para neoconservadores. A diferencia del siglo pasado, en que, en general, el positivismo representaba una mentalidad innovadora, ahora el pragmatismo y positivismo se han hecho neoconservadores, en tanto que es fácil sorprender los matices e inflexiones liberales de algunas corrientes institucionistas y de la doctrina social de la Iglesia. En este sentido, el pensamiento neoconservador reafirma las tesis saintsimonianas en favor del industrialismo, los expertos y tecnócratas; el positivismo comtiano desemboca en el pragmatismo maurassiano y el científicismo político experimental es adoptado por los neoconservadores.

El neoconservatismo opera así un giro importante: en lugar de apoyar sus puntos de vista sobre la tradición, la Historia o el Derecho natural (concebido según sus intereses), prefiere recurrir a las leyes de la ciencia política que demuestren la verdad incommovible de sus concepciones político-sociales. Este giro revela una oportuna apreciación de que las razones tradicionalmente por él invocadas ya apenas convencen en un mundo obsesionado por el progreso tecnológico.

II

Hemos expuesto en otro lugar la insistencia neoconservadora en señalar el desgaste de las ideologías y su correlativa sustitución por el dominio de los expertos. Basta recordar que los neoconservadores señalan, por un lado, la carga ideológica desacreditada de los movimientos políticos socialistas y democráticos, en tanto que, por otra parte, presentan su propio pensamiento como no ideológico, apoyado sólo en los datos y verificaciones de las ciencias sociales y de acuerdo con las exigencias tecnológicas contemporáneas.

Un pensamiento científico no puede ser ideológico; por consiguiente, una dirección política que se apoya en verificaciones científicas no puede ser ideológica.

¿Es cierto que el neoconservatismo no es ideológico? ¿Puede hablarse de una «no ideología» neoconservadora, que, sin embargo, es una dirección política, puesto que el neoconservatismo no llega, como el marxismo, a identificarse con la dimensión científica?

En otra ocasión indicamos que la «no ideología» neoconservadora, apoyada en bases científicas, es una ideología que no se atreve, por razones

tácticas, a confesarse como tal. No se arriesga porque comprende que una ideología al servicio estricto de intereses económicos limitados, de organizaciones políticas administradas sólo por grupos privilegiados y de estructuras sociales paternalistas, sería el blanco espléndido para la crítica adversa de diversas corrientes políticas. El neoconservatismo prefiere, coincidiendo, en parte, paradójicamente, con la fase descendente del socialismo marxista, sustituir el gobierno sobre las personas por la administración de las cosas y la dirección de los procesos de producción. El neoconservatismo admite el lema saintsimoniano y prescinde de los políticos para poner en su lugar a los tecnócratas. Pero no prescinde del Estado, sino que lo ocupa decididamente con expertos y tecnócratas, gentes desideologizadas, y por lo tanto, en quienes se puede confiar.

Estas parciales coincidencias entre el neoconservatismo y el marxismo se aclaran inmediatamente si tenemos en cuenta que el primero se aferra a un materialismo histórico de derechas; es decir, a la defensa del capitalismo, más o menos remozado, que parece evolucionar incluso contra las mismas intenciones de la «no ideología» neoconservadora, mientras que el segundo sigue manteniendo el materialismo histórico dialéctico que conduce inexorablemente al triunfo del proletariado sobre el capitalismo burgués.

El desgaste de las ideologías que tanto satisface el neoconservatismo afecta también a la «no ideología» conservadora. Mejor dicho, hace tiempo que le hirió de muerte, porque sus concepciones políticas, al ser sólo admitidas por escasos grupos después de un largo período de descrédito social, fueron sustituidas por una instrumentalización oportuna de ciertos postulados de la ciencia política.

Inmunizada con elementos científico-políticos frente a la infección ideológica, la «no ideología» neoconservadora (ideología desgastada, ideología con mala conciencia de sus propios postulados) alardea contra todas las direcciones políticas. Frente al tradicionalismo irracional, emotivo y estético, porque sus seguidores no aceptan el positivismo y pragmatismo de la concepción científica neoconservadora; frente a los nacionalismos fascistas —a pesar de algunas concomitancias «elitistas»—, porque también su irracionalismo violento le desagrada y columbra sospechosamente en él algunos matices socializantes; contra el socialismo democrático, los movimientos democristianos y demoliberales, porque estos últimos declaran, sin vacilaciones, sus afirmaciones ideológicas. Por último, el comunismo polariza su enemistad total ya que es su mayor amenaza teórica —aunque no siempre real—, pero esa amenaza abstracta le sirve maravillosamente para operar dialécticamente contra los otros movimientos acusándoles de aliados conscientes, o inconscien-

tes, del comunismo, y, por lo tanto, estableciendo el dilema, tan explotado, del comunismo o los neoconservadores.

Ahora bien, si la «no-ideología» neoconservadora descansa en bases científicas, ¿cómo puede calificarse de ideología?

No parece demasiado difícil desenmascarar la ideología subyacente en la «no-ideología» neoconservadora. Ya señalamos el fundado temor de los neoconservadores a revelar claramente las razones que explican y defienden su mundo económico y políticosocial privilegiado. Por eso es más eficaz refugiarse en la ciencia. Hay que precisar el uso insatisfactorio por el neoconservatismo de las bases científicopolíticas que esgrime. Efectivamente, no se puede utilizar la ciencia política sin degradarla. Quiero decir que al reinterpretar los neoconservadores ciertos postulados científicopolíticos elegidos (a saber, el desgaste de las ideologías, la despolitización, la ley de bronce de las oligarquías y la personalización del poder) e insertarlos dentro de la «no-ideología» neoconservadora, se adultera el sentido de esas tendencias comprobadas por los politólogos. Tales tendencias sociopolíticas tienen sentido auténtico en el contexto de una ciencia política objetiva porque se han comprobado en diferentes sociedades, pero pierden su estricta significación cuando se incorporan a una *ciencia-para* al servicio de ciertos grupos políticos.

La ciencia política para neoconservadores aprovecha esas leyes establecidas por los politicólogos, pero las desnaturaliza. Está claro. Ya vimos cómo utilizaba, indebidamente, la tesis del desgaste de las ideologías y resultaba que la primera ideología desgastada fué la suya. Pero es que, además, la vivencia ideológica es muy fuerte en muchos países incluso desarrollados.

Lo mismo ocurre con las tesis de la personalización del poder y con la llamada ley de bronce de las ideologías. El neoconservatismo señala con delectación cómo el poder se personaliza aun dentro de las democracias y cómo los partidos de masas son, en el fondo, dirigidos por un grupo restringido de personas. Pero esto no es negado por los otros movimientos políticos ni pueden extraerse consecuencias desmesuradas en favor del aristocratismo, «elitismo» y personalismo caros al neoconservatismo. Las ideologías socialista, democristiana y otras no van a dejar de serlo porque en el seno de sus movimientos se compruebe el prestigio inusitado de alguno de sus líderes y el mando efectivo de unos escogidos. Ahora bien, por el hecho de que las masas electorales se inclinen a los movimientos democráticos con personalización del poder o sin ella, fenómeno comprobado en diversos países, no podemos concluir que los neoconservadores carezcan de derecho a defender y propagar sus ideas. Mantener lo contrario sería antidemocrático aunque los neoconservadores sean minoría y no les guste la democracia social. Claro que los neoconservadores inteligentes saben que no tienen razón y que sus postulados son difícilmen-

te sostenibles, pero mantienen sus posiciones por evidentes intereses económicos. No obstante, estas comprobaciones no nos autorizan para condenar absolutamente su existencia. Es evidente que no todo el neoconservatismo es inadmisibles. Contiene elementos valiosos: cultura cívica, elegancia y distinción sociales, hábitos refinados que no deben perderse; además, una instintiva tendencia a rechazar el desorden público y la anarquía social, principios respetables.

Alguien podría objetar que en muchas ideologías se encuentran afirmaciones científicas correctas en términos de la sociología, economía y ciencia política contemporáneas. Aceptamos esta posible observación porque las ideologías políticas pueden contener —o de hecho contienen— apreciaciones corroboradas por las ciencias sociales. No obstante, por ello no dejan de ser ideologías, ya que los ingredientes y matices ideológicos prevalecen sobre esos aspectos científicos. Aún más, admitimos que la «no-ideología» neoconservadora puede albergar o cuenta con elementos científicos no sólo con comprobaciones científicas utilizadas. Pero esto no la convierte en ciencia; sigue siendo la ideología neoconservadora.

Es natural que las ideologías contemporáneas se hayan teñido o complementado con la ciencia como consecuencia del papel social, cada vez más creciente, que ésta cumple en nuestros días. Sin embargo, todavía las ideologías no han capitulado ante la ciencia: o se han identificado con ella (marxismo), o han instrumentalizado sus comprobaciones (neoconservatismo), o incorporado algunos de sus puntos de vista (casi todos los movimientos políticos contemporáneos, incluso el neoconservatismo).

Por otra parte, a veces los ingredientes científicos presentes en las ideologías acaban por ideologizarse en la medida que pierden su conexión con el esquema global científico del que procedían. Cabe también que se menoscabe su grado de científicidad conforme se replantean y modifican los mismos esquemas científicos.

III

¿Cómo puede cumplir una función social cívicamente útil el neoconservatismo en el momento presente?

Cualquiera que sea la opinión, positiva o negativa, que los grupos neoconservadores nos merezcan, el hecho indiscutible es que tales grupos ejercen funciones eficaces en diversos países. Conviene señalar que el neoconservatismo no se integra en un solo partido político, sino más bien se presenta en varios grupos e incluso fácilmente se encuentran políticos con cierta mentalidad neo-

conservadora dentro de movimientos políticos liberales, democristianos y socialdemócratas.

Este último hecho puede favorecer la acción neoconservadora en cuanto freno, moderación o contención políticas de las corrientes más progresivas.

Prescindiendo de la valoración, favorable o adversa, del pensamiento neoconservador, hemos admitido —en términos democráticos— su derecho (dentro de tales condiciones de democraticidad) a participar en la vida política. Pero es también condición importante para ello que el neoconservatismo reconozca sus dimensiones ideológicas. Si bien esta condición se cumple más fácilmente porque los otros movimientos políticos se encargarán, eventualmente, de desmascarar sus aspectos ideológicos, interesa que tal reconocimiento parta espontáneamente de los mismos neoconservadores para que encajen desde el principio, limpiamente, en el juego político democrático. Un neoconservatismo que se autoestima «no-ideológico» propende a desautorizar «científicamente» a las otras corrientes políticas y, por consiguiente, a no admitir su necesaria concurrencia.

No es este el momento de exponer nuestro punto de vista sobre la conveniencia política de las ideologías, lo cual viene a ser el reverso de la tesis de su desgaste. Pero la defensa de las ideologías políticas no debe confundirse con el elogio del fanatismo político o de la partidocracia, riesgos peligrosos de las sociedades democráticas. Nos parece que una adecuada defensa y reconocimiento de las ideologías es el mejor antídoto contra la tecnocracia y contra la tendencia equivocada y peligrosa de sustituir la política por la administración de las cosas.

Corresponde a los grupos neoconservadores la misión de demostrar los aspectos socialmente útiles que pueden cumplir. Estos aspectos serán, en términos generales, la confrontación de su ideología con la situación social para comprobar sus efectos concretos. También les compete la crítica y oposición legales a los programas y directrices de los otros movimientos políticos.

Aunque estemos dispuestos a admitir las dosis de anacronismo, injusticia o inexactitud que a veces se atribuyen exagerándolas al pensamiento neoconservador, conviene no olvidar que a veces se comprueban también, si bien en grado menor, en otras direcciones políticas. Es más cívico y conveniente admitir al neoconservatismo, emplazarlo en la dialéctica política democrática y discutir con él ante la opinión pública.

No parece prudente que las reformas radicales de las estructuras se realicen violentamente negándoles el pan y la sal a sus adversarios. En este sentido, otra función —en este caso negativa— del neoconservatismo consistiría en frenar el posible ritmo precipitado modificador de las estructuras.

La tesis que aquí se defiende legitimando al neoconservatismo como una

tendencia ideológica más en el juego democrático, apunta también la urgente necesidad de que el neoconservatismo se adapte al momento histórico presente. Su adaptación no consiste en que salga completamente armado de la cabeza de Minerva con todos los instrumentos técnicos contemporáneos y con enorme incoherencia repudie sus antecedentes filosófico-ideológicos. Es menester que los neoconservadores se coloquen al nivel de la futura situación dispuestos al diálogo.

IV

Si la aproximación neoconservadora a la ciencia política se ha revelado como una táctica brillante para defenderse, puede que el exceso implicado en tal modernización menoscabe su prestigio. El conservatismo cuenta con una tradición larga y respetable en el campo del pensamiento aunque no se comparta. En cambio, el riesgo de algunas neodirectrices políticas conservadoras consiste en la admisión precipitada de nuevas técnicas para compensar el escaso fuste intelectual de sus concepciones actuales.

Se nota la carencia de pensadores políticos neoconservadores de altura que puedan equiparse con los del pasado. Es decir, sería mucho más conveniente para el neoconservatismo, para el pensamiento político en general y para la convivencia política, producir una obra, un esquema conceptual e ideológico neoconservador, antes que una limitada ciencia política para neoconservadores.

PABLO LUCAS VERDÚ